

italo calvino
marcovaldo



I have you

Marcovaldo, o sea las estaciones en la ciudad, se compone de veinte relatos, cada uno de ellos dedicado a una estación, por lo que el ciclo de las cuatro estaciones se repite cinco veces. Un fondo de melancolía tiñe el libro de un cabo a otro. Diríase que para el autor el esquema de las historietas cómicas ha sido sólo el punto de partida, en cuyo desarrollo se abandona a su vena lírica amarga y dolorosa. Marcovaldo, el protagonista, personaje bufo, moderno "buen salvaje", va en busca de la Naturaleza en medio de la ciudad de asfalto y cemento, pero sólo haya un caos deformado de vida artificial; sin embargo, nunca es pesimista, siempre está dispuesto a empezar de nuevo.

Introducción seria y un tanto aburrida a un libro que no quisiera serlo, razón por la cual nuestros lectores pueden perfectamente saltárselo (aunque si algún profesor se decide a leerla encontrará las instrucciones para el uso).

Introducción

El libro Marcovaldo o sea las estaciones en la ciudad se compone de veinte relatos. Cada relato se dedica a una estación; el ciclo de las cuatro estaciones se repite por tanto en el libro cinco veces. Todos los relatos tienen el mismo protagonista, Marcovaldo, y presentan más o menos un esquema idéntico.

El volumen se publicó por primera vez en 1963, en Turín, por las ediciones de Einaudi, con ilustraciones de Sergio Tòfano. El texto de presentación (probablemente escrito por el autor) dice: «En medio de la ciudad de cemento y asfalto, Marcovaldo va en busca de la Naturaleza. Pero ¿existe todavía la Naturaleza? La que él encuentra es una Naturaleza desdeñosa, contrahecha, comprometida con la vida artificial. Personaje bufo y melancólico, Marcovaldo es el protagonista de una serie de fábulas modernas», que — dice más adelante la misma presentación— «se mantienen fieles a una clásica estructura narrativa: la de las historietas con tiras de ilustraciones de los periódicos infantiles».

Las características del protagonista se insinúan apenas: es un espíritu sencillo, es padre de familia numerosa, trabaja de peón o mozo en una empresa, es la última encarnación de una serie de cándidos héroes pobre diablos a lo Charlot, con una particularidad: la de ser un «Hombre de la Naturaleza», un «Buen Salvaje» exiliado en la ciudad industrial. Desde qué lugar ha venido a la ciudad, cuál sea ese

«altero ubi» que le pone nostálgico, no se nos dice; cabría definirlo como «inmigrado», si bien esta palabra no aparece nunca en el texto; quizá la definición resulte acaso impropia, porque todos en estos cuentos parecen «inmigrados» en un mundo extraño al que no pueden hurtarse.

La más cumplida presentación del personaje se halla en el primer relato: «Tenía este Marcovaldo un ojo poco adecuado a la vida de la ciudad: carteles, semáforos, escaparates, rótulos luminosos, anuncios, por estudiados que estuvieran para atraer la atención, jamás detenían su mirada que parecía vagar por las arenas del desierto. En cambio, una hoja que amarilleara en una rama, una pluma que se enredase en una teja, nunca se le pasaban por alto: no había tábano en el lomo de un caballo, taladro de carcoma en una mesa, pellejo de higo escachado en la acera que Marcovaldo no notase, y no hiciese objeto de cavilación, descubriendo las mudanzas de las estaciones, las apetencias de su ánimo y la miseria de su existencia».

Estas palabras pueden servir de presentación, tanto del personaje como de la situación común para todos los relatos, y que podría sintetizarse así: en medio de la gran ciudad, Marcovaldo 1) escruta la ronda de las estaciones en los accidentes atmosféricos y en el menor signo de vida animal y vegetal, 2) sueña con el retorno a un estado de la naturaleza, 3) le espera una indefectible desilusión.

Los relatos se amoldan a ese esquema, a veces en la forma más sencilla, como de historieta ilustrada (así en los más breves: *Setas en la ciudad*, *El pichón municipal*, *La cura de avispas*, etc.), con la sorpresa de la viñeta final (mejor: con la sorpresa desagradable, puesto que se asemejan a esas historietas cómicas «sin palabras» que indefectiblemente terminan mal), mientras en otros casos se acercan al pequeño cuento amargo, casi realista (así *La fiambrrera*, *El aire sano*, *Un viaje con las vacas*), para llegar a relatos en los que estado de ánimo y paisaje son preponderantes (tal

la soledad del animal en *El conejo venenoso* o el extravío en la niebla de *Una equivocación de parada*.

Acaso para subrayar el carácter de fábula, los personajes de estos bosquejos de vida contemporánea —así se trate de barrenderos, vigilantes, cesantes, almaceneros— llevan siempre nombres altisonantes, medievales, casi de héroes de poema caballeresco, a partir del propio protagonista. Solo los de los niños son nombres corrientes, tal vez porque solo ellos aparecen tal cual son, y no como figuras caricaturescas.

La ciudad nunca se nombra: por algunos aspectos podría ser Milán, en otros (el río, las colinas) se puede reconocer Turín (ciudad donde el autor ha pasado gran parte de su vida). Semejante indeterminación la ha querido el autor para significar que no es una ciudad, sino la ciudad, cualquier metrópoli industrial, en abstracto y típica, como abstractas y típicas son las historias contadas.

Todavía más indeterminada es la firma, la empresa en que trabaja Marcovaldo: no conseguiremos saber qué se fabrica, qué es lo que venden, bajo la misteriosa sigla «Sbav», ni qué contengan los cajones y cajas que Marcovaldo carga y descarga ocho horas al día. Es la firma, la empresa, símbolo de todas las firmas, las empresas, las sociedades anónimas, las marcas de fábrica que imperan sobre las personas y sobre las cosas de nuestro tiempo.

En contraste con la sencillez casi infantil de la trama de cada relato, el talante estilístico se cifra en alternar un tono poético-entrañado, casi precioso (al que tiende la frase en particular cuando apunta a hechos de la naturaleza), y el contrapunto prosaico-irónico de la vida urbana contemporánea, de las pequeñas y grandes miserias de la vida. Diremos incluso que el espíritu del libro reside esencialmente en este contrapunto estilístico: no está ausente ni siquiera en los cuentos de trama más elemental y breve, concentrado acaso en la primera frase, que asume la función de introducir el tema estacional («El viento, viniendo de sabe dón-

de a la ciudad, le trae regalos inesperados, de los que tan solo se aperciben algunas almas sensibles, como las sujetas a la fiebre del heno, a las cuales hace estornudar el polen de flores de otras tierras»). En cambio en otros relatos, si bien la trama no va más allá de la consabida tira de viñetas, cada detalle da pie a un pasaje elaborado con esmero estilístico (por ejemplo, en *De unas vacaciones en banco*, la contraposición entre el color de la luna y el del semáforo que parpadea amarillo). Se llega así a las narraciones en donde la elaboración de la prosa se corresponde con la casi tan elaborada invención de relato, como la multicolor visión final de *La lluvia y las hojas*, o, resultado todavía más complejo, el comienzo de *El jardín de los gatos obstinados*, donde vemos a la ciudad de las especulaciones de la construcción tragarse la «ciudad de los gatos» que constituía el verdadero espacio vital también para los hombres.

Un fondo de melancolía tiñe al libro de un cabo al otro. Diríase que para el autor el esquema de las historietas cómicas haya sido solo un punto de partida, en el desarrollo del cual se abandona a su vena lírica amarga y dolorosa. Pero Marcovaldo, pese a todos los reveses, no es nunca pesimista; está siempre dispuesto a descubrir, en medio del mundo que le es hostil, el portillo hacia un mundo a su medida; no se rinde jamás, está siempre dispuesto a empezar de nuevo. Verdad es que el libro no invita a mecerse en una actitud de superficial optimismo: el hombre contemporáneo ha perdido la armonía entre él y el medio en que vive, y la superación de tamaña discordancia es un cometido arduo, pues las esperanzas demasiado fáciles e idílicas quedan siempre en ilusorias. Pero la actitud que aquí domina es la de la obstinación, de la no-resignación.

Estamos con ello en condiciones de definir mejor la posición de este libro frente al mundo que nos circunda. ¿Será la nostalgia, el duelo por un idílico mundo perdido? Una lectura con esta clave, común a buena porción de la literatura contemporánea que condena la inhumanidad de la «ci-

vilización industrial» en nombre de un complacerse en el pasado, sin duda es la más fácil. Pero si observamos más atentamente, veremos que la crítica de la «civilización industrial» se acompaña aquí de una crítica no menos decidida de todo sueño de «paraíso perdido». El idilio «industrial» es denunciado al par del idilio «campestre»: no solo no es posible una «vuelta atrás» en la historia, sino que ese mismo «atrás» nunca ha existido, es pura ilusión. El amor de Marcovaldo a la Naturaleza es el que puede darse únicamente en un hombre de ciudad: por esto nada podemos saber en orden a su procedencia extraciudadana; este extraño a la ciudad es el ciudadano por excelencia.

En esta mirada al mundo tan crítica para con las situaciones y las cosas pero tan llena de simpatía hacia la persona humana, hacia las manifestaciones todas de la vida, reside, pues, la lección del libro, si «lección» podemos decir de una vena didascálica tan discreta, sencilla, nunca perentoria, abierta siempre a varias opciones, como es la del autor.

El libro está escrito en el curso de diez años: los primeros cuentos son de 1952, de 1963 los últimos. El desenvolvimiento de la realidad social italiana entre ambas fechas y las correspondientes mudanzas en la atmósfera literaria acompañan la historia interna del libro, por más que en el mismo no haya nunca referencias directas a la actualidad (entiéndase en el sentido más general; por ejemplo, la polémica contra los productos alimenticios adulterados se traduce en el percance de *Donde es más azul el río*).

Una humanidad encarada con los problemas más elementales de la lucha por la existencia fue el tema del «neorrealismo» literario y cinematográfico en los años de indigencia y tensión de la posguerra. Las historietas de Marcovaldo comienzan cuando la oleada «neorrealista» presenta barruntos de reflujó: los temas que novelas y películas de la posguerra habían ilustrado ampliamente, así la vida de la pobre gente que no sabe qué echar a la olla para comida y cena, corren el peligro de convertirse en lugares comunes

de la literatura, aunque en la realidad sigan siendo sobradamente actuales. El autor ensaya entonces este tipo de fábula moderna, de divagación cómico-melancólica al margen del «neorrealismo». Poco a poco, la atmósfera del país se transforma: a la imagen de una Italia pobre y «subdesarrollada» se contraponen la de una Italia que está alcanzando, siquiera en parte, el nivel de desarrollo técnico y de posibilidades de trabajo y de consumo de los países más ricos; nace la euforia (y la ilusión) del «milagro económico», del «boom», de la «sociedad opulenta». Igualmente en la literatura otros son los temas de actualidad: no se denuncia ya tanto la miseria cuanto un mundo en donde todos los valores tórnense mercancías que vender o comprar, en que se está a pique de perder el sentido de la diferencia entre las cosas y los seres humanos, y todo se mide en términos de producción y consumo. Las fábulas ironicomelancólicas de Marcovaldo marginarán, ahora, esa «literatura sociológica». La corrida de Marcovaldo y familia, siempre sin un cuarto, a través del supermercado atestado de artículos, da la imagen simbólica de dicha situación.

Un elemento siempre presente en la vida moderna, cual es la publicidad, de un relato a otro cambia en su relación con la familia de Marcovaldo: en los gélidos inviernos de la posguerra los niños toman los cartelones de anuncio por árboles de un bosque (*El bosque de la autopista*); la porfía entre dos marcas cuyo único prestigio reside en poner más anuncios luminosos que las demás, la confunden los moradores de la buhardilla con las mudanzas del firmamento (*Luna y Gnac*); y ved cómo (*Humo, viento y pompas de jabón*) las «campañas de lanzamiento» de los detergentes, a base de muestras gratuitas, invaden toda la ciudad de espuma iridiscente, que al final se amalgama con las nubes fumosas de las chimeneas.

Publicidad, frenesí por el «consumo», relaciones de interés disfrazadas de «relaciones humanas»: ¿a qué se reduce, en un mundo semejante, la fiesta de Navidad? En el último

relato del libro (*Los hijos de Papá Noel*), una imaginaria «Unión Incremento Ventas Navideñas» lanza la campaña pro «Regalo Destructor».

Mas apenas el cuento cobra un significado, se compone en un apólogo, el autor se echa a un lado, en el modo elusivo que le caracteriza (convencido de que los significados reales de una historieta no son sino los que el lector acierta a encontrarle por su cuenta, mediante la reflexión), y se apresura a recordarnos que no ha sido más que un juego. Así en el final del último relato, con una disolución de imágenes frecuente en los libros del autor, el minucioso dibujo grotesco resulta estar inserto en otro dibujo, un dibujo de nieve y animales como de libro para niños, que después se transforma en dibujo abstracto y, al final, en página blanca.

¿Libro para niños? ¿Libro para jóvenes? ¿Libro para mayores? Hemos visto cómo estos planos se enlazan de continuo. ¿O más bien un libro en que el autor, a través del filtro de unas estructuras narrativas sencillísimas, expresa su propia relación, perpleja e interrogante, con el mundo? Tal vez esto también. Mas al presentar este libro para las escuelas, queremos brindar a la juventud una lectura en que los temas de la vida contemporánea son tratados con espíritu punzante, sin indulgencias retóricas, invitando en todo momento a la reflexión.

Primavera

1. Setas en la ciudad

El viento, viniendo de sabe dónde a la ciudad, le trae regalos inesperados, de los que tan solo se aperciben algunas almas sensibles, como las sujetas a la fiebre del heno, a las cuales hace estornudar el polen de flores de otras tierras.

Un día, a la tira de tierra de un paseo ciudadano llegó, a saber cómo, una ráfaga de esporas, y se formaron hongos. Nadie se dio cuenta salvo el peón Marcovaldo, que precisamente allí tomaba cada mañana el tranvía.

Tenía este Marcovaldo un ojo poco adecuado a la vida de la ciudad: carteles, semáforos, escaparates, rótulos luminosos, anuncios, por estudiados que estuvieran para atraer la atención, jamás detenían su mirada que parecía vagar por las arenas del desierto: En cambio una hoja que amarillara en una rama, una pluma que se enredase en una teja, nunca se le pasaban por alto: no había tábano en el lomo de un caballo, taladro de carcoma en una mesa, pellejo de higo escachado en la acera que Marcovaldo no notase, y no hiciese objeto de cavilación, descubriendo las mudanzas de las estaciones, las apetencias de su ánimo y la miseria de su existencia.

Así fue que una mañana, esperando el tranvía que le llevaba a la compañía Sbv donde servía como mozo, notó una cosa insólita cerca de la parada, en la tira de tierra estéril y costrosa que sigue el arbolado del paseo: de vez en cuando, al pie de los árboles parecía que se formaban chi-

chones, alguno de los cuales se abría y dejaba asomar redondeados cuerpos subterráneos.

Se agachó a atarse los zapatos y miró con atención: ¡eran hongos, verdaderas setas, que estaban brotando precisamente en plena ciudad! A Marcovaldo pareció que el mundo gris y mísero que le circundaba se hiciese de pronto pródigo en riquezas ocultas, y que de la vida aún se pudiera esperar algo, además del salario-base, la contingencia, el subsidio familiar y el plus de carestía de vida.

Durante el trabajo estuvo más distraído que de costumbre; no se le quitaba del pensamiento que mientras él permanecía allí descargando paquetes y cajones, en la oscuridad de la tierra los hongos silenciosos, lentos, que solo él conocía, iban madurando su pulpa porosa, asimilaban jugos subterráneos, rompían la costra de los terrones. «Bastaría con que lloviera una noche —se dijo—, y ya estarían a punto». Y no veía la hora de hacer partícipes del descubrimiento a su mujer y a los seis hijos.

—¡Una cosa os diré! —anunció durante el menguado almuerzo—. ¡Antes de una semana comeremos setas! ¡Un buen plato de ellas! ¡Os lo aseguro!

Y a los hijos más pequeños, que ni sabían qué fueran las setas, explicó con auténtico transporte la hermosura de sus muchas especies, la delicadeza de su sabor, y cómo había que cocinarlas; tanto, que interesó en el debate a su esposa Domitilla, que hasta entonces se había mostrado más bien incrédula y distraída.

—¿Y dónde andan esas setas? —preguntaron los chicos — ¡Dinos dónde crecen!

A cuya pregunta el entusiasmo de Marcovaldo se vio frenado por un razonamiento receloso: «Suponte que se lo explique, ellos van a buscarlas con la consabida banda de arrapiezos, se corre la voz en el barrio, ¡y las setas acaban en las cazuelas de los demás!». De modo, que un hallazgo que al momento le había embargado de amor universal el

pecho, ahora le llevaba al frenesí de la posesión, le envolvía en un temor celoso y desconfiado.

—El lugar de las setas me lo sé yo, y solo yo —dijo a los vástagos—, y ¡ay de vosotros si se os escapa ni una palabra!

A la mañana siguiente, Marcovaldo, conforme se aproximaba a la parada del tranvía, estaba lleno de aprensión. Inclinandose sobre el lugar respiró al ver los hongos algo crecidos, aunque no mucho, todavía casi enteramente ocultos por la tierra.

Seguía en esa posición, cuando se dio cuenta de que había alguien a su espalda. Se enderezó de golpe y trató de adoptar un aire indiferente. Era un barrendero que no le quitaba ojo, apoyado en su escobón. El tal barrendero, en cuya jurisdicción se hallaban los hongos, era un joven cuatro ojos y alto como una pértiga. Se llamaba Amadigi, y a Marcovaldo siempre le resultó antipático, tal vez por culpa de aquellas gafas que escrutaban el asfalto de las calles en busca del menor vestigio natural para borrarlo a escobazos.

Era sábado y Marcovaldo pasó la media jornada libre rondando con fingida indiferencia aquel lugar, acechando de lejos al barrendero y los hongos, y echando la cuenta del tiempo que a estos faltaba para estar en sazón.

Aquella noche llovió: como los campesinos tras meses de sequía se despabilan y saltan de júbilo al susurro de las primeras gotas, así Marcovaldo, único en toda la ciudad, se incorporó en la cama, llamó a los suyos. «Aquí está la lluvia, aquí está la lluvia», y aspiraba el olor a polvo mojado y moho fresco que llegaba de la calle.

Al amanecer —era domingo—, en unión de los niños, con un cesto que le prestaron, corrió escapado a los árboles. Allí estaban las setas, tiesas sobre su pie, con los sombreritos bien levantados sobre la tierra aún rezumante de agua.

—¡Viva! —y se lanzaron a cosecharlas.

—¡Papá, mira ese señor cuántas se lleva! —dijo Michelino, y el padre levantando la cabeza vio, en pie junto a ellos, a Amadigi, también él cargado con un cesto lleno de hongos.

—Ah, ¿también ustedes las buscan? —soltó el barrendero— ¿De modo que se pueden comer? Yo me he hecho con unas cuantas, pero no me acababa de fiar... Ahí abajo, en la avenida, las hay todavía más grandes... Bien, ahora que lo sé, voy a avisar a mis parientes que están allí discutiendo si es cosa de llevárselas o no... —y se alejó a buen paso.

Marcovaldo no pudo articular palabra: setas todavía más gordas, y que él no se hubiera dado cuenta, una cosecha que ni soñada, y se las llevaban tan ricamente, en sus propias narices. Por un momento se sintió como petrificado de ira, de rabia; luego —según sucede a veces— los vapores de aquellas pasiones individuales se transformaron en un arranque generoso. A aquellas horas, mucha gente estaba esperando el tranvía, con el paraguas colgado del brazo, porque el tiempo seguía húmedo e inseguro.

—¡Eh, vosotros! ¿Os queréis comer un buen plato de setas esta noche? —gritó Marcovaldo a la gente agolpada en la parada—. ¡Se han hecho setas aquí, en el paseo! ¡Venid conmigo! ¡Hay para todos! —y salió en pos de Amadigi, seguido por un nutrido cortejo.

Todavía hallaron setas para todos y, a falta de cestos, las ponían en los paraguas abiertos. Alguien propuso:

—¡No estaría mal que hiciéramos una comida todos juntos! —sin embargo, cada cual se quedó con sus setas y se marchó a su propia casa.

Pero pronto se volvieron a ver; es más, aquella noche, en la misma sala del hospital, después del lavado gástrico que a todos ellos salvó del envenenamiento; nada grave, porque la cantidad de hongos que comió cada cual fue bastante poca.

Marcovaldo y Amadigi tenían próximas las camas y se miraban de mal ojo.

Verano

2. De unas vacaciones en banco

Cada mañana al dirigirse a su trabajo, Marcovaldo pasaba bajo el verdor de una plaza arbolada, un cuadro de jardín público recortado en medio de cuatro calles. Alzaba la vista a las ramas de los castaños de Indias, donde eran más tupidas y solo dejaban asaetear dorados rayos en la sombra transparente de linfa, y escuchaba la algazara de los pájaros desentonados e invisibles entre el ramaje. A él se le antojaban ruiseñores; y se decía: «¡Oh, quien pudiera despertar alguna vez al gorjeo de los pájaros y no a son de despertador y al chillido del nene Paolino y el maldecir de mi mujer Domitilla!», o bien: «¡Oh, si pudiera dormir aquí, solo en mitad de este verdor fresco y no en mi cuarto bajo y caluroso; aquí en el silencio, no entre ronquidos y el hablar en sueños de toda la familia y los tranvías que pasan allá, en la calle; aquí, en la oscuridad natural de la noche, no en esa artificial de las persianas echadas, rayada por el reverbero de las farolas; oh, que pudiera yo ver hojas y cielo al abrir los ojos!». Con semejantes pensamientos, a diario emprendía Marcovaldo su jornada de ocho horas —más los extraordinarios— de peón no calificado.

Había, en una esquina de la plaza, bajo una bóveda de castaños de Indias, un banco apartado y medio escondido. Y Marcovaldo ya le había echado el ojo. En aquellas noches de estío, cuando en la habitación donde dormían cinco no lograba conciliar el sueño, anhelaba el banco como quien, sin techo donde cobijarse, pueda soñar la cama de un palacio. Una noche, a la chita callando, mientras roncaba la mu-